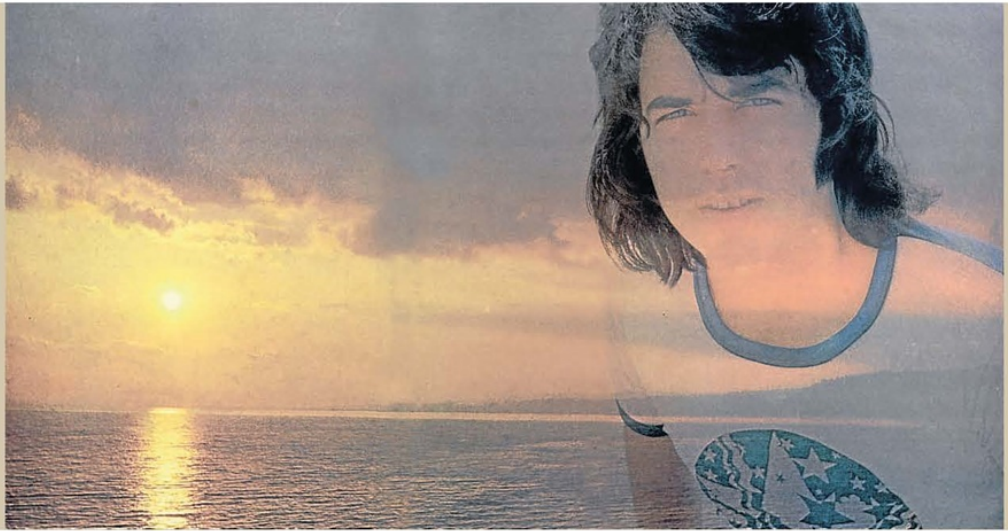


En directo

Fotografía de Serrat sobreimpresionada en una puesta de sol, imagen que se utilizó para la cubierta de 'Mediterráneo' diseñada por Enric Satué



Aniversario Hace cuarenta años, Serrat publicó el álbum que suponía su consagración como cantautor moderno, asentado en la tradición pero que mira adelante, forjador de la 'canción global'

Los Mediterráneos de Serrat

CARLES GÁMEZ

Serrat y su grupo inician los primeros compases de *Mediterráneo* en el Teatre de L'Aliança de Poble Nou. Estamos en marzo de 1974. La canción le sirve como tarjeta de presentación para su reencuentro con el espectador televisivo después de casi seis años de veto en el medio público. Desde su publicación a finales de 1971, *Mediterráneo* se ha convertido rápidamente en una de las piezas centrales de la columna vertebral serratiana. Durante meses el álbum ha estado en los primeros lugares de las listas de éxitos para un intérprete que ha sabido proyectarse como ídolo pop para un público amplio sin tener que renunciar a una imagen de artista comprometido o de cantante intelectual que quedará refrendada en su siguiente trabajo musical, dedicado a los versos del poeta republicano Miguel Hernández.

“El disco de *Mediterráneo* —recuerda Serrat— fue muy bien recibido por la gente, y muchas de sus canciones, no sólo la que da título al álbum, han quedado con el tiempo en eso que llamamos la *memoria sentimental*, y claro, eso para el autor siempre resulta muy gratificante.”

En el año 1971, Joan Manuel Serrat se encuentra en la cima de su carrera artística, mediática y popular. En un periodo de seis años, de 1967 a 1971, ha realizado siete álbumes, indistintamente en catalán y castellano, ha transformado los

versos de un poeta de manual universitario y antifranquista en canciones populares de *hit-parade*, ha puesto el listón bien alto de la lírica musical con títulos como *La teta o Cançó de bressol*, que reescriben la canción popular española, ha servido de motor-turbo para el despegue de la *nova cançó* —el motor de arranque ha sido Raimon—, y sobre todo es el abanderado de una nueva sensibilidad musical que se ha traducido en la emergencia de una generación de *cantantes de lo cotidiano*.

Serrat es el banderín de enganche para todas las etiquetas del per-

En 'Mediterráneo' cristalizan todas las caras del mosaico serratiano: romántico, crítico, intelectual, sofisticado y, sobre todo, popular

chero mediático: el cantante-trovaador de la calle, la estrella pop, cercana y distante, el ídolo para *teenagers*, el icono rebelde e inconformista capaz de asumir los versos libertarios de Papasseit —“jo no vull allistar-me sota de cap bandera/de la divina acràcia seré el glossador”—, el divo adorado por las revisitas del corazón y acompañante de bellas modelos en las noches de Boccaccio. El público más *engagé* lee con atención sus respuestas, ya sean sobre los movimientos de liberación en el tercer mundo, la guerra de Vietnam o la censura, mientras aparece en las páginas de *Mundo joven* o *Lecturas* o se entretiene

jugando en un partido benéfico en el Camp Nou con veteranos del Barça. Un Serrat que igual se pasea con un coche de los años treinta para la reapertura de El Molino que se encierra en el monasterio de Montserrat en protesta contra el juicio militar de Burgos a unos militantes de ETA.

Tampoco está a salvo de polémicas y debates en su relación con algunos estamentos y miembros de la *nova cançó*. El bilingüismo serratiano es de momento un tema demasiado resbaladizo para un table- ro cultural e ideológico en el que las cosas han de ser forzosamente,

blancas o negras. Serrat ha tenido que aguantar los silbidos de los puristas e integristas de uno y otro lado del Ebro. Pi de la Serra le ha lanzado el aguijón más doloroso en forma de canción satírica, *Sóc el millor*, y una *línea Maginot* de acusaciones divide el clan Serrat del clan Raimon.

Serrat protagoniza sin guión los roles del héroe o el traidor según los observatorios desde los que se le juzga. Una tribuna crítica que comparte con cantantes como Bob Dylan o Jacques Brel, que también han vivido este desgarró personal y artístico en los territorios ortodoxos del universo folk o el identi-

tario de la comunidad belga. Para unos, Serrat es el elemento disgregador de la *nova cançó*, para otros, el cantante que ha protagonizado el acto más significativo en defensa del catalán con su *diguem no eurovisivo*. Un debate, como recordó la escritora Maria Aurèlia Capmany, que se vive en el país como un *affaire Dreyfuss* a la catalana.

Ahora, con *Mediterráneo*, cristalizan con éxito todas las caras del mosaico serratiano: romántico, crítico, intelectual, sofisticado y, sobre todo, popular. No se trata de una vuelta de tuerca ni de un giro copernicano, como el que está a punto de realizar Ovidi Montllor con los músicos de la onda progresista. Serrat ha conseguido, con Ricard Miralles, la sedimentación de una sonoridad autóctona y distintiva, pero se percibía un *déjà vu* a la vuelta de la esquina. *Mediterráneo* permite a Serrat abrir nuevas ventanas en su horizonte artístico. La entrada posterior de músicos como Josep Maria Bardagí, Joan Albert Amargós o Kitflus le serviran de oxígeno musical.

Por primera vez la materia prima serratiana pierde su carácter unitario en lo que se refiere a ingeniería musical y tres arreglistas se reparten el disco duro del disco. Juan Carlos Calderón, que ha modelado las primeras canciones en castellano de Serrat, imprimiéndoles una atractiva sonoridad pop. Antoni Ros-Marbà, que ha estado en los dos primeros álbumes en ca-

Satué, California y la ternura hippy

Enric Satué y Joan Manuel Serrat mantienen una relación gráfica y de amistad desde hace más de cuarenta años. Además, con *Mediterráneo* Satué colaboraba de nuevo con Colita, autora de las fotografías. "Aunque posee un carácter fuerte, coincidimos en la idea de la sobreimpresión para la portada, que ya habíamos realizado en el interior del llamado *álbum blanco*". Sobre las referencias que pesaron, Satué señala la "California con su ternura hippy, y el resultado fue una imagen cálida, soñadora y personal, que lo mismo servía para Barcelona que para Estambul. La calidez –continúa Satué– la ponía una puesta de sol, el ensueño, dos imágenes que se fundían en un objetivo co-

mún; y lo personal, cuatro diapositivas desparramadas en el interior que aludían a recuerdos del cantautor".

El diseñador apunta también algunas incidencias en la concepción gráfica. "Pese a lo aparentemente conven-

construyendo alfabetos diferentes para titular cada número de la revista de arquitectura y urbanismo *CAU*, y colé uno de ellos en el álbum, pese a la discrecionalidad del cuerpo."

En el capítulo de proyectos frustra-

aunque no fue la mejor de su vida, sirvió para hacernos amigos. Pero como andamos contemplando un periplo de cuarenta años ¡ni siquiera los más fieles matrimonios se libran de algún pecado!". "Además –confiesa Satué–, Serrat tiene una táctica para ganar adeptos para su idea. Consiste en invitarle a comer centollo recién llegado del Cantábrico en un garito del extrarradio, lejos del centro urbano y mediático. El crustáceo y la compañía en exclusiva forman una alianza invencible."

Satué ultima estos días la campaña de la gira 2012, *Dos pájaros contraatacan*, segunda parte del dúo Serrat-Sabina, "y me lo estoy pasando muy bien, gráficamente hablando", asegura. **C.G.**

La puesta de sol ponía la calidez; las imágenes que se fundían, el ensueño; y lo personal, las diapositivas del interior que aludían a recuerdos del cantautor

cional del diseño, hay dos elementos transgresores, uno, la foto de la portada, que cobra fuerza al abrir el álbum y contemplar a la vez la contra, ampliando considerablemente el formato; y por otro lado, en aquella época andaba

dos de su relación con Serrat, apunta que "para el CD *Nadie es perfecto* me pareció apropiado tratarlo en estilo cubista, imperfecto por definición, pero no le agradó y lo sustituyó por una foto del malogrado Humberto Rivas que,

talán y ha vestido la voz emocionante pero todavía pétrea del cantante. Y un tercer hombre, ni más ni menos que Gian Piero Reverberi, que ha puesto a punto algunos de los cantautores de la llamada escuela genovesa, Gino Paoli, Fabrizio de André, Luigi Tenco, o divos pop como Mina o Lucio Battisti. Esta multiplicidad acabará reflejándose en la piedra filosofal de la melodía serratiana que transita cada una de las canciones del disco. *Mediterráneo*, el tema de obertura, correrá a cargo de Juan Carlos Calderón, que intuye el poder de la canción y hermana el jazzístico *Take Five* con sonoridades más latinas –sudamericanas– haciendo brincar la canción con un ritmo contagioso como hasta entonces

no había conocido la melodía serratiana.

Mediterráneo, por espíritu y proximidad geográfica, recoge la herencia de aquella *Supplie pour être enterré à Sete* (1966) proclamada por Georges Brassens, testimonio gozoso del cantautor con el Mare Nostrum como destinatario final. Brassens, a diferencia de otros intérpretes de la *chanson* que han de conformarse con el Sena, cobija sus raíces en el litoral provenzal. La herencia de la *chanson* se une en *Mediterráneo* con el verso popular de la tradición que sigue teniendo en Rafael de León ese ejercicio de equilibrista, entre la sentimentalidad de gusto kitsch y el texto como objeto de atención lírica. Serrat ha conseguido situar-

se en esas dos coordenadas y su éxito en parte se debe a este reconocimiento de su matriz tradicional pero que no renuncia a la creación de una *canzone diversa*. Y añade un nuevo factor de novedad, la identificación vital con un paisaje. El mar, y el *Mediterráneo* en particular, ya habían tenido otros acercamientos en la canción popular española, pero desde enfoques anecdóticos o meramente decorativos. Serrat, sin voluntad mercantil, exporta por primera vez la *marca Mediterráneo*, un imaginario donde convergen la sensualidad, la *joie de vivre*, los ciclos de la vida, la historia y la naturaleza. El mito romántico del mar como forjador histórico o elemento identitario.

Es esta "canción global", *Medi-*

terráneo, que paradójicamente no responde a una identidad conceptual del álbum, la que acabará cohesionando todo el disco, salpicado de temáticas serratianas: la evocación del pasado –*Aquellas pequeñas cosas, Barquito de papel*–, el universo amoroso, evocado de una forma romántica –*Lucía*– o desde una mirada más desvergonzada –*La mujer que yo quiero*. No faltan los apuntes sociales –*Pueblo blanco, Qué va a ser de ti*, o de la mano del poeta León Felipe, *Vencidos*– o el Serrat más previsible –*Vagabundear*–. Un álbum solar que cuarenta años después sigue manteniendo ese necesario misterio donde se funden las palabras y la música en un momento de creación junto al mar. |

El cantante Joan Manuel Serrat en un concierto en Madrid en los años setenta del pasado siglo
FOTO GITES



Otros mares

La mer. Charles Trenet.

El mar, paisaje de exaltación vital.

Mediterranée. Tino Rossi.

El sol, el mar, el cielo y el kitsch.

Ola, Ola, Ola. Mary Santpere.

Recuerdos del Mare Nostrum.

Sapore di sale. Gino Paoli.

Erotismo y sensualidad a la orilla del mar.

La Madrugue. Brigitte Bardot.

El mar de todos los veranos.

Veles e vents. Raimon.

El mar, camino de experiencias.

Tarda solitaria vora el port d'un tenor italià. Sisa.

Melodrama, tortellini y bel canto.

No trobaràs la mar. Maria del Mar Bonet.

El mar y el color de las cosas perdidas.

Creuza de mà. Fabrizio de André.

El viaje de Ulises como marinero genovés.

Una finestra al mar. Lluís Llach.

Mediterráneo, espacio de sueños y deseos.

Jazz mediterranée. Henri Salvador.

El dulce far niente mediterráneo.

Una giornata al mare. Paolo Conte.

Postal coloreada desde el paseo marítimo.

Enero en la playa. Facto Delafé y las Flores Azules.

Calidoscopio con fragmentos de mar.